Armando Pereira, *El ruido del mar*, 2005, México, ERA/CONACULTA, 99 p.

En su último libro de cuentos, *El ruido del mar*, Armando Pereira (1950) se ha consolidado como uno de los narradores mexicanos más intensos e interesantes de la actualidad, no sólo porque como escritor le confiere a la palabra —a la palabra precisa, con una función estética— un valor primordial, sino sobre todo por los temas que trata y por la forma en que lo hace. En una reciente entrevista publicada en *El Financiero*, afirma Pereira que en *El ruido del mar* “lo que buscaba, básicamente, era conjugar varios registros: cuentos que pueden ser serios o que pueden apelar, digamos, a una actitud del lector mucho más de búsqueda interior [...] También hay otros cuentos en los que quise meter un poco de humor, en los que quise jugar un poco con el lenguaje”. He ahí, tal vez, el rasgo más importante de esta nueva obra: la diversidad. Y en ese sentido coincido con Pereira: un poemario o un libro de cuentos no necesariamente deben mantener unidad total. Al contrario: a veces esa supuesta unidad convierte a la antología en una obra monótona.

En *El ruido del mar* y en el poemario *Verificación de la ausente* (publicado por Editorial Praxis también en 2005), Pereira penetra en diversas zonas de un modo quizá poco ‘ortodoxo’ en cuanto al estilo, los tonos, la heterogeneidad de los temas. Hasta el día de hoy —que yo sepa— a nadie se le había ocurrido escribir un cuento donde todo gira alrededor de una hemorroide, como ocurre en el titulado “La inhóspita conciencia del cuerpo.” Y si bien es posible encontrar el influjo directo de Borges en un relato como “Los avatares de un hidalgo en tierra de tártaros”, al escritor argentino nunca se le hubiera ocurrido indagar en otro tema que también tiene que ver con la parte inferior y trasera del cuerpo: el empalamiento, tema que Pereira también trata en una de las narraciones de *Verificación de la ausente*. Y es que el cuerpo —el cuerpo y la memoria— constituyen acaso las obsesiones principales de este autor; obsesiones que pueden rastrearse de igual modo en

Amanecer en el desierto y en su novela corta *Las palabras perdidas*. A Pereira le interesan los temas heterológicos, como el incesto o la escatología. Los ecos de Georges Bataille son recurrentes. En *El ruido del mar* ha indagado constantemente en lo escatológico, aunque no sea ése el tema central de los cinco relatos que componen el libro, sino sólo de dos.

A pesar de estas preocupaciones, *El ruido del mar* es un libro sumamente heterogéneo, que juega con diversos tonos y registros: melancólico, humorístico, irónico, histórico, grotesco, paródico... El desgarramiento que en el recuerdo produce la guerra civil española en el texto que le da nombre al libro; un lugar inventado en tierra de tártaros durante la Edad Media; el centro histórico de la ciudad de México como el espacio donde supuestamente todo se resuelve, pero donde al final nada termina por resolverse; la ciudad de San Francisco, California, como el ámbito kafkiano en que un nuevo Gregorio Samsa despierta, no convertido en bicho, sino en prisionero, son algunos de los temas y espacios que la mirada del autor abarca en esta obra.

El primer cuento, como lo dice el título, “Imágenes (desprendidas) del álbum familiar”, no es sino evocación, el despliegue sinuoso y poético de la memoria; una memoria que fluye para llenar la ausencia con lirismo y ambigüedad. En el segundo relato, “Avatares de un hidalgo en tierra de tártaros”, tenemos el viejo tema del viaje: un viaje durante la Edad Media. El estilo empleado por el autor nos recuerda a aquella época, pero el lenguaje está elaborado con la delicadeza de un buen artesano y por ello no nos parece ni afectado ni monótono, sino paródico. La lección de Cervantes es evidente. Si el ingenioso hidalgo don Quijote se vuelve loco de tanto leer libros de caballería, en el cuento de Pereira, el Príncipe Alberto pierde la razón de tanto leer los relatos del *Calila e Dimna* –libro, como es ya sabido, de origen hindú, que los persas tradujeron del sánscrito y los árabes del persa y la corte del rey Alfonso X, en España, del árabe al castellano–. Don Fulgencio González de la Serna, el hidalgo, tiene la encomienda de traer al Príncipe de regreso y en su viaje va adquiriendo distintos avatares; se va transformando (la palabra ‘avatar’ significa originalmente ‘manifestación’ o ‘reencarnación’).

Más arriba dije que este cuento acusa una influencia de Borges y agrego ahora: también de Pierre Klossowski, en el sentido y forma en que el autor hace uso del motivo de las “Leyes de la hospitalidad” (la donación voluntaria de la esposa por parte del esposo a un huésped). Pereira toma este tema de Klossowski y lo traslada a tierra de tártaros, en plena Edad Media, con todo el lujo, la ostentación y la búsqueda de los placeres en los reinos orientales.

Hasta el apellido del anfitrión del hidalgo, Baiam Hodum evoca la lujuria, al verbo *joder* (que en México traduciríamos por *coger*). Pereira explora en lo grotesco y en lo cómico; incluso en la caricatura, sin perder jamás la verosimilitud. Al igual que los antiguos escritores, a quienes les interesaba que el lector creyera que lo que leían era *verdad*, el narrador de esta historia también advierte la ‘veracidad’ e incluso se cuida, al final, de proporcionarnos una moraleja. Claro, un lector del siglo XXI sólo puede interpretarla de forma irónica. En resumen, el relato está elaborado como una especie de mezcla de apólogo medieval con sátira irreverente. Un *exemplum* en clave irónica.

A diferencia de los dos cuentos anteriores, el tercero no se caracteriza ni por su despliegue de imágenes ni por la alteración del lenguaje para producir el efecto de otra época. En “Black out” lo que prevalece es la tensión. Ya dije que uno de los temas predilectos del autor es la memoria. En este cuento, el lector se enfrenta con el retorno a la cotidianidad de un personaje después de una experiencia pesadillesca en que se mezcla lo cómico y lo trágico. El espacio es una gran urbe (San Francisco) de la supuesta democracia más libre del mundo (los Estados Unidos); democracia –y el autor se encarga de denunciarlo– que no se ha convertido sino en una dictadura puritana, donde el terrorismo es ejercido por las mismas autoridades. Al igual que en *La metamorfosis*, de Kafka, el protagonista despierta convertido en *otro*. La diferencia es que en el cuento fue la autoridad encargada de proteger a la ciudadanía la que transformó al sujeto en preso: el absurdo –y por tanto la denuncia– se hacen explícitos.

El tercer cuento es de tema totalmente escatológico. Un hombre divorciado conoce a una muchacha, de la que se hace amante, pero un buen día el tipo descubre que le ha salido una hemorroide tan molesta que casi le es imposible caminar bien. La aparición de este ser inhóspito en el trasero del protagonista lo llevará a razonamientos mucho más profundos en torno del cuerpo y de sus miserias. Lo apremiante es deshacerse de ese intruso, que desde su aparición se volverá casi protagónico. La almorrana se convierte en un segundo corazón (porque incluso late), o en un tercer ojo, o en un hijo del que el protagonista no puede desprenderse; al contrario: debe cuidarlo, acariciarlo, mimarlo, llevarlo al médico... Por supuesto, el humor es el recurso del que más se echa mano. La víctima es el protagonista, quien no deja de indignarse ante su propia ‘catástrofe anal’. Esta es la historia de cómo el cuerpo puede estropear un ritual: el ritual erótico que se propone ese sábado con su amante y que, a la vez, lo hace salir de esos otros múltiples rituales

RESEÑAS

cotidianos. El influjo de Bataille, de cómo el pensador francés encara los temas heterológicos (por ejemplo en *El ojo pineal*) es decisivo.

Por último, el cuento que le da título al libro, “El ruido del mar”, evoca la tensa situación familiar en que algunos hermanos no comprenden sino los aspectos materiales, el dinero, aspectos que se contraponen a los recuerdos que la madre enferma tiene de su difunto marido (hombre idealista en la guerra civil española), y que siempre aluden precisamente a los ideales, a lo que no puede jamás unirse ni relacionarse con el dinero ni con lo material. “El ruido del mar” es un hermoso relato sobre la muerte de las utopías. Con el deceso de la madre del narrador, mueren también los ideales y las utopías: “me duele pensar –leemos– que tu rabia desaparezca contigo, que el mundo se vuelva cada vez más blando, que la gente como yo se conforme con un cielo azul, sin nubes, el tibio calor del sol sobre la piel y el ruido del mar ensordeciéndolo todo en los oídos”.

En la entrevista que cité al principio de esta reseña, Armando Pereira afirma que “un cuento es algo que aparece de pronto” (yo agregaría: como la hemorroide de su personaje). Y continúa: “Puede empezar como una idea, pero ya cuando te sientas a escribir es porque lo tienes realmente completo. Porque ves el principio, ves el final, ves incluso el desarrollo, la historia. Y con una novela ocurre lo contrario”, pues en una novela el escritor se permite digresiones, y casi nunca sabe cómo terminará. La concepción de Pereira sobre el cuento –género mucho más antiguo y a veces hasta más difícil que la novela– y su dominio del estilo y del lenguaje; su sensibilidad para producir imágenes memorables, hacen que sus relatos –y concluyo con la idea con que empecé– se caractericen no sólo por su intensidad y pasión, sino por las múltiples lecturas que pueden suscitar.

JUAN ANTONIO ROSADO
Departamento Académico de Lenguas, ITAM
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM